

JOSEBA ALFARO

LA CAZA

Cuanto más grande es la verdad, mayor es el daño



Tras una dura juventud en el Madrid de los años 90, Jon se ve atrapado en una carrera contrarreloj por salvar su vida. Acusado de unos asesinatos y perseguido por los cuerpos de seguridad del Estado, medios de comunicación y asesinos a sueldo, deberá lograr lo imposible: conseguir las pruebas que demuestren su inocencia y desenmascaren a los verdaderos culpables de la trama de corrupción en la que está inmerso; una conspiración en la que la violencia y el poder sirven a una organización cuyos tentáculos se extienden por los pasillos de empresas multinacionales, despachos militares, oficinas de partidos políticos e incluso La Moncloa.

La caza es una historia próxima a la novela negra, un «thriller» con aventura, misterio, denuncia social y tintes políticos inspirado en hechos reales que se desarrolla en el Madrid de los años 90, la ocupación de Iraq en 2003 y la España actual. Algunos de los temas que trata son la corrupción política y policial, la globalización y el corporativismo, la integridad periodística y la ciberseguridad, la venganza y la mala suerte.

Índice de contenido

Cubierta

La caza

PARTE I

1. Darwin
2. De padres e hijos
3. Los 90
4. Alex
5. Calla y escucha
6. El cojo
7. Los flimis
8. Suspenso
9. Blanco y negro
10. La prueba
11. Adela
12. Mili KK
13. Con descuento para amigos
14. Caravelle
15. Para que no me olvides
16. Equilibrao
17. Una historia de mala suerte

PARTE II

18. Las órdenes son ordenes - 2001
19. Retazos - 2015
20. Posos
21. Iraq, Parte I - Abril de 2004
22. El Perdigón - 2015
23. La mano que da de comer
24. La historia de melchor
25. Influencers
26. La historia de macarena
27. Bribón
28. Elisa
29. Argos
30. Invierno
31. Sin querer queriendo
32. Dinámica del punto de interés
33. El ojeo
34. Iraq, parte II, Abril de 2004
35. Escéptico - 2016
36. Xoxo
37. La oscuridad de la noche

PARTE III

38. El doctor - Día 1, sábado
39. El abogado
40. 2FA

41. BMC
42. Trucos de vieja escuela - Dia 2, domingo
43. Vigilancia
44. Armado y peligroso
45. Iraq, parte III - Abril de 2004
46. Esta mierda tiene que ver la luz - Dia 2, domingo
47. Improvisando - Día 3, lunes
48. Pin
49. Legitimidad
50. Primero tendrán que cogermé
51. Horcher
52. Ingredientes
53. Como todo el mundo
54. Iraq, parte IV - Abril de 2004
55. Dios los cría
56. La nube
57. Papá Pitufo - Día 4, martes
58. Modales
59. A cualquier precio

PARTE IV

60. La historia de Elisa - Día 0
61. Una vida por otra - Día 4, martes
62. La historia de Isidoro y los hermanos Heras
63. Todos lo sabían
64. Virtudes - Día 4, martes

65. A63
66. Calais - Día 5, miércoles
67. El ferry
68. Dover
69. El regreso
70. La historia de brian
71. Iraq, parte V - Abril de 2004
72. La historia de Brian II - Día 0
73. El intercambio - Día 5, miércoles
74. La historia de Alex - Día 3, lunes
75. He cumplido - Día 5, miércoles
76. Algo personal
77. Confía en mi - (6 minutos antes)
78. El pez grande

PARTE V

79. Petróleo - Día 5, miércoeles
80. Nimrod
81. Quid pro quo - Día 4, martes
82. Asumiré el riesgo - Día 20, jueves

Agradecimientos

Desagradecimientos

Sobre el autor

Notas

La siguiente historia está inspirada en hechos reales. Sin embargo, algunos acontecimientos, localizaciones, nombres y empresas han sido modificados con fines dramáticos. Cualquier parecido con la realidad es intencionado.

«Es un error ocultar a los jóvenes la verdad de las cosas y esconderla a la realidad del mundo. Siempre será mejor molestar con la verdad, aunque sea en forma de novela. ¡Solo si el mal se conoce podremos hacerle frente!»

Lluc Oliveras

–Hijos de puta. Voy a encontraros a todos –maldice Jon.

Deben de ser las dos de la madrugada, no lo sabe con exactitud. Después de lo que acaba de ocurrir es normal que haya perdido la noción del tiempo.

Cualquiera diría que la noche es agradable, muy poco calurosa para el final de la primavera en la Sierra Norte de Sevilla. Una suave brisa acaricia su rostro y, en contacto con el sudor de su cuerpo, le refresca la piel. Aunque no lo suficiente para apaciguar su sed de venganza.

Con sus rodillas clavadas en la tierra, Jon intenta torpemente contener unas lágrimas que quieren escapar –no solo por el humo procedente del incendio, sino por el dolor de la pérdida–. Y lo consiguen.

Frente a él se encuentra un cortijo en llamas. La columna de humo negro oculta el estrellado cielo mientras el fuego asoma fiero y desbordante por las ventanas y el portón. Jon tiene la mirada clavada en la entrada del cortijo. Sus ojos también arden.

–Hijos de puta –se repite, porque piensa que no es justo.

Y no, no lo es.

La rabia que invade sus venas sí está justificada, y posiblemente sea el motor que le permita seguir con vida durante las próximas horas.

Jon no se lo merece. Su vida dista mucho de ser la que cualquiera soñaría. En ocasiones escogió el camino fácil; en otras, escasas, logró seguir el camino del hombre recto. Por alguna razón que desconocía, y sin ser consciente de ello, había intentado afanarse en orientar el barco de

su destino contra viento y marea en una dirección que le alejara de los nefastos puertos que la vida le había preparado.

Ahora tiene que tomar una rápida decisión. Las llamas se alzan victoriosas sobre las vigas de madera y atraviesan las tejas del cortijo.

El tiempo se agota.

Sabe que no hay marcha atrás.

Solo existe un camino.

Hacia delante.

Pero probablemente nadie tenga ni la menor idea de por qué Jon quiere cargarse a esos hijos de puta, ni cómo acabará siendo el hombre más buscado del país.

Todo empezó cuando Jon habló con el profesor Honrubia.

No, algo antes. Posiblemente el día que salió de la cárcel.

No, Iraq. Allí empezó todo.

Bueno, no exactamente.

PARTE I

1

Darwin

El abuelo de Jon era vasco, al igual que su bisabuelo, Aitor. Este último viajó a Madrid en la primavera de 1920 acompañado de Amaia, su mujer. Él tenía veintidós años; ella, diecinueve.

Vivían junto a la Plaza de Cascorro a poca distancia de la Plaza Mayor. Él trabajaba en una pequeña fábrica de juguetes en el Paseo de las Acacias y ella realizaba algunos trabajos de forma esporádica en un telar en la corrala situada junto a la calle Carnero, en lo que es hoy la calle de Carlos Arniches, en el barrio de La Latina.

Pronto tuvieron un hijo –quien sería el abuelo de Jon– también llamado Jon.

Aitor jugaba en el equipo de fútbol del Athletic de Madrid justo antes de su escisión del Athletic Club (de Bilbao) y mucho antes de llamarse Athletic Aviación y finalmente, en 1946, Club Atlético de Madrid.

Como miembro del Athletic de Madrid, el bisabuelo de Jon fue uno de los jugadores que inauguró el Estadio Metropolitano un 13 de mayo de 1923, aunque no llegó a pisar el césped pues a mitad de temporada tuvo una lesión que le obligó a abandonar el fútbol en activo, lo que le supuso una gran tristeza y, más adelante, un batacazo económico. No porque dejara de cobrar un sueldo proveniente de su actividad futbolística –ya que la profesionalización del deporte no llegaría a España hasta los años treinta y en aquella época no suponía ingresos para poder sobrevivir–, sino porque comenzó a beber asiduamente en las tabernas.

Al principio «para mitigar el dolor», se decía a sí mismo. Más adelante porque era un buen motivo para relacionarse con la cuadrilla con la que ya no entrenaba ni competía en los partidos de fútbol. Pero en el fondo, aunque intentara aparcarse esos pensamientos, la realidad era que no se sentía feliz.

Todo empeoró años después, cuando, en 1931, un incendio asoló la fábrica de juguetes, quedando consumida por las llamas y cesando su actividad de forma indefinida. Aitor intentó encontrar otro empleo, pero la lesión de rodilla le impedía realizar grandes esfuerzos físicos, lo que le cerró las puertas a talleres y fábricas de carbón o metales.

Amaia consiguió trabajar más horas en el telar. Además, cosía a todas horas para cualquier persona, con lo que lograban obtener suficientes céntimos o realizar algún trueque para poder comer. Eso, en el caso de que a Aitor le sobrara algo de guita al volver de la taberna, cosa que no solía ser habitual.

Y llegó la Guerra Civil, pero esa es otra historia.

La realidad es que la familia de Jon las pasó canutas. Aitor murió en la guerra. O al menos eso han creído siempre, que el pobre diablo yace junto a una cuneta o forma parte de algún campo de la Sierra de Madrid.

El abuelo de Jon tuvo una infancia la mar de jodida. Heredó los peores vicios de su progenitor, algo que –aunque el mismísimo Mendel lo cuestionaría– se fue transmitiendo en los genes hasta llegar al propio Jon.

El nombre y la sangre.

La fuerza.

También el nervio, la rabia, la mala leche.

Y la mala suerte. Porque sí, eso también se hereda. Y es una gran putada.

Las *grandes familias* heredan tierras, escudo de armas y riquezas. Lo que no enseñan en la escuela es que la po-

breza también se hereda; que este es un mundo de castas y que portándote como un angelito no vas a escapar de tu mala fortuna.

La naturaleza es así. Darwin ya lo explicaba en su teoría sobre la selección natural, en la que destacaba la reproducción de los más fuertes según su adaptación al medio, la herencia y la evolución de sus peculiaridades y de sus caracteres adquiridos. Solo los más fuertes sobreviven. Si eres una animal fiero y despiadado, tú y los tuyos prevaleceréis; conservarás tu linaje, tus descendientes gozarán del puesto en la pirámide trófica que tú les has otorgado – y que ellos deberán mantener con orgullo y malas artes–. Te aprovecharás de los que están por debajo. Si tienes suerte hasta tendrás su respeto; incluso, si se alinean los planetas, tendrás el respeto de alguno de los de arriba; aunque también correrás el peligro de exponerte a ellos.

En un gran océano, mejor ser el pez grande que se merienda al pequeño. Y para eso no hay que parar de comer y crecer porque siempre hay un pez más grande. Pero esto también implica mucho esfuerzo y sacrificio porque, si tienes la oportunidad de triunfar, también corres el riesgo de fracasar. Y a nadie le gusta el fracaso. Se huele desde lejos. Y apesta. Esa es la razón por la que algunos prefieren ser el pececillo que se camufla entre algas y anémonas subsistiendo con lo que encuentra a su alcance. Porque el miedo a ser devorado, esa amenaza, es constante. Y esta es una postura sensata.

También existen esos cobardes comensales que se han hecho colegas del depredador y se adentran en sus fauces, picoteando en la carroña de sus dentaduras o succionando lo que puedan de sus cuerpos y despojos, alejados de riesgos innecesarios bajo su protección. Pero, en la sociedad humana, estas simbiosis son harina de otro costal.

Ahora bien, si has nacido en una familia de tiburones entonces la historia es diferente. Si naces siendo uno de los grandes tienes la mitad del trabajo hecho. En las socie-